

JOSÉ KÓZER
EL NIHILISTA

Los martes, hay velada en alguna casa: Andreiev suele patear a María
Nikolaevna al ajedrez, mofitas

sobre el asunto de la emancipación, ponches

y saladitos, paseamos (hasta bien entrado el otoño) por la alameda
(hilera doble) de plátanos de India, Olga

tose, Orlov trae en los bolsillos del gabán

caramelos de menta y pastillas de eucalipto (podría abastecer un reino)
sabe que la utopía es inminente, corren

vientos nuevos, cala

su sombrero de fieltro (ala corta) se anuda la bufanda y aprieta la
muñequera, suspira (el pulgar en el bolsillo del chaleco)
y mira (leontina) la hora, habrá

que firmar hoy mismo otro libelo contra el Zar Alejandro, viene

la reacción: nos sometieron, llevan

Los granaderos reales como siempre la batuta, de qué vale el coraje
ante las armas de fuego (se trata de una retirada táctica) hay que
emboscarse en una especie de simulación reformista, radicalizar

los liberales, nada

más fácil de demostrar que el evolucionismo en política es ilusorio, pan
comido será atraerlos si les hablamos suavito y con elegancia,

luego aniquilarlos: lástima, una verdadera pena tener que recurrir

a ciertos desmanes

pues nadie nace con una vocación al terrorismo (asesinar a quemarropa
a un jefe de policía puede implicar mañana la construcción de un
centenar de comedores populares) o qué: nosotros

también preferiríamos ser enfermizos, componer

poemas y dejarnos llevar de los hipocondríacos al traspatio donde
se reúnen a jugar a la gallinita ciega (que quizás haya un beso)

y aflore en alas de los coqueteos nuestra mansedumbre, nos
enamoremos y venga

el primer hijo (estallido

y ofensa) el homenaje de la herrumbre en nuestros pistolones.